



**ΠΡΟΣΦΑΤΗ ΠΕΖΟΓΡΑΦΙΑ ΤΗΣ ΑΡΓΕΝΤΙΝΗΣ**

**NARRATIVA RECIENTE DE ARGENTINA**

**Ένα διήγημα της Σαμάντα Σβέμπλιν**

**Un cuento de Samanta Schweblin**

**Μετάφραση: Βάσω Χρηστάκου**

**Traducción Vaso Christaku**

**Επιμέλεια: Κωνσταντίνος Παλαιολόγος**

**Cuidado :Konstantinos Paleologos**

Samanta Schweblin (Buenos Aires, Argentina; 1978) es una escritora argentina. Ha sido traducida a más de veinticinco lenguas y ha sido becada por distintas instituciones, además de haber sido premiada en numerosas ocasiones. Desde 2012 reside en Berlín, donde escribe y dicta talleres literarios. En 2015 ganó el Premio Tigre Juan por su primera novela, *Distancia de rescate* (que Claudia Llosa piensa llevar a la pantalla grande: la escritora y la cineasta trabajaron en la adaptación al año siguiente). En 2018, *Distancia de rescate* obtuvo el premio Tournament of Books como «mejor libro del año publicado en los Estados Unidos» y el Premio Shirley Jackson en la categoría de novela corta. En 2020, su novela *Kentukis* obtuvo el Premio Mandarache otorgado por un jurado de unos 6000 jóvenes lectores de entre 12 y 30 años coordinados por comités de lectura de España, Colombia y Chile.

Η Σαμάντα Σβέμπλιν γεννήθηκε στο Μπουένος Άιρες το 1978. Θεωρείται εξαιρετική διηγηματογράφος και πεζογράφος. Το έργο της έχει μεταφραστεί σε περισσότερες από 24 γλώσσες. Σπούδασε Εικόνα και Ήχο στο Πανεπιστήμιο του Μπουένος Άιρες και ειδικεύεται στον τομέα του κινηματογραφικού σεναρίου. Ζει στο Βερολίνο από το 2012. Το 2015 βραβεύτηκε με το βραβείο Tigre Juan για τη νουβέλα *Distancia de rescate*, έργο το οποίο μεταφράστηκε στα ελληνικά από την Έφη Γιαννοπούλου και εκδόθηκε από τις εκδόσεις Πατάκη το 2019 με τίτλο: *Απόσταση ασφαλείας*. Το 2017 η ίδια νουβέλα μπόηκε στη λίστα του Man Booker Prize με τα καλύτερα έξι βιβλία της χρονιάς. Το παρόν διήγημα ανήκει στη συλλογή της με τίτλο [\*Siete casas vacías\*](#), του 2015.

## **Pasa siempre en esta casa**

EL SEÑOR WEIMER está tocando la puerta de mi casa. Reconozco el sonido de su puño pesado, sus golpes cautos y repetitivos. Así que dejo los platos en la piletta y miro el jardín: ahí está otra vez, toda esa ropa tirada en el pasto. Pienso que las cosas suceden siempre en el mismo orden, incluso las más insólitas, y lo pienso como si lo hiciera en voz alta, de un modo ordenado que requiere la búsqueda de cada palabra. Cuando lavo los platos se me da bien este tipo de reflexiones, basta abrir la canilla para que las ideas inconexas finalmente se ordenen. Es apenas un lapso de iluminación; si cierro la canilla, para tomar nota, las palabras desaparecen. Los puños del señor Weimer llaman otra vez, sus golpes son ahora más fuertes, pero él no es un hombre violento, es un pobre vecino atormentado por su mujer, uno que no sabe muy bien cómo seguir adelante con su vida, pero no por eso deja de intentarlo. Uno que, cuando perdió a su hijo y pasé por el velorio a saludar, me dio un abrazo rígido y frío, y esperó unos minutos conversando con otros invitados antes de volver y decirme casi al oído «acabo de descubrir quiénes son los chicos que vuelcan los tachos de basura. Ya no hay que preocuparse por eso». Esa clase de hombre. Cuando la mujer tira la ropa del hijo muerto en mi jardín él golpea la puerta para recogerlo todo. Mi hijo, que en lo práctico sería el hombre de la casa, dice que esto es algo de locos, y se enfurece cada vez que los Weimer empiezan con este lío ya digamos quincenal. Hay que abrir, ayudar a recoger la ropa, darle al hombre unas palmadas en la espalda, asentir cuando dice que el tema está prácticamente solucionado, que nada de esto es demasiado terrible, y luego, unos cinco minutos después de que se haya ido, escuchar los gritos de ella. Mi hijo cree que ella grita al abrir el placar y encontrar otra vez la ropa del chico. «¿Me están jodiendo? —dice mi hijo en cada nuevo episodio—, la próxima quemó toda la ropa». Corro el pasador y ahí está Weimer con su palma derecha apoyada en la frente, casi tapándose los ojos, esperando mi aparición para bajar el brazo con cansancio y disculparse «no quiero importunarla, pero». Abro y pasa, ya sabe cómo llegar al jardín. Hay limonada fresca en la heladera y la sirvo en dos vasos mientras él se aleja. Por la ventana de la cocina lo veo husmear el pasto y rodear los geranios, donde suelen caer las cosas. Al salir dejo que la puerta del mosquitero golpee, porque hay algo íntimo en esta recolección que no me gusta interrumpir. Me

acercó despacio. Él se incorpora con un suéter en la mano. Tiene más ropa apilada en el otro brazo, eso parece ser todo. «¿Quién pudo los pinos?», pregunta. «Mi hijo», digo. «Están muy bien», asiente mirándolos. Son tres árboles enanos y mi hijo intentó una forma cilíndrica, un poco artificial pero original, hay que decirlo. «Tome una limonada», digo. Junta la ropa en un solo brazo y le doy el vaso. El sol todavía no quema, porque es temprano. Miro de reojo el banco que tenemos un poco más allá, es de cemento y a esta hora se siente tibio, casi una panacea. «Weimer», digo, porque es más cálido que «señor Weimer». Y pienso: «hágame caso, tire esa ropa. Es lo único que quiere su mujer». Pero quizá sea él el que arroja la ropa y luego se arrepiente, y entonces sea ella la pobre mujer a quien su marido atormenta cada vez que lo ve entrar con esa ropa. Quizá ya intentaron tirar todo en una gran bolsa de consorcio, y el basurero les tocó el timbre para devolvérsela como nos pasó con la ropa vieja de mi hijo, «Señora, por qué no lo dona, si lo subo al camión esto no sirve para nadie», y ahí está la bolsa en el lavadero, hay que llevarla urgente esta semana, no sé, a algún lugar. Weimer espera, me espera. La luz ilumina sus pocos pelos largos y blancos, la barba plateada apenas dibujada en la quijada, los ojos claros pero opacos, muy chicos para el tamaño de su cara. No digo nada, creo que el señor Weimer adivina lo que pienso. Baja un momento su mirada. Bebe más limonada atento ahora a su casa, detrás de la ligustrina que divide nuestros jardines. Busco algo útil que decir, algo que confirme que reconozco su esfuerzo y que sugiera algún tipo de solución, optimista e imprecisa. Vuelve a mirarme. Parece intuir hacia dónde va esta conversación que no hemos empezado, parece animarse a entender. «Cuando algo no encuentra su lugar...», digo, suspendiendo las últimas letras en el aire. Weimer asiente una vez y espera. Dios santo, pienso, estamos sincronizados. Sincronizada con este hombre que diez años atrás le devolvía a mi hijo las pelotas pinchadas, que cortaba las flores de mis azaleas si cruzaban la línea imaginaria que dividía nuestros terrenos. «Cuando algo no encuentra su lugar», retomo mirando su ropa. «Dígame, por favor», dice Weimer. «No sé, pero hay que mover otras cosas». Hay que hacer lugar, pienso, por eso me vendría tan bien que alguien se llevara la bolsa que tengo en el lavadero. «Sí», dice Weimer queriendo evidentemente decir «Continúe». Escucho la puerta de entrada, es un ruido que a Weimer no le dice nada, pero que a mí me indica que mi hijo ya está en casa, a salvo y con hambre. Doy un paso largo hacia el banco y me siento. Pienso que el cemento cálido del banco también sería una bendición para él, y hago lugar para que se sume. «Deje la ropa», le digo. Él no parece tener ningún problema con esto, mira

hacia los lados buscando dónde dejarla y pienso, Weimer puede hacerlo, claro que sí. «¿Dónde?», pregunta. «Déjela sobre los cilindros», digo señalando los pequeños pinos. Weimer obedece. Deja la ropa y se sacude el césped de las manos. «Siéntese». Se sienta. Qué hago ahora con este viejo. Pero hay algo en él que me anima a seguir adelante. Algo parecido a tener las manos bajo el agua de la canilla, una calma que me permite pensar las palabras, ordenar los hechos, las cosas que suceden siempre en un mismo orden. La expectativa de Weimer parece crecer, casi se diría que espera una instrucción. Es un poder y una responsabilidad con la que no resuelvo qué hacer. Sus ojos claros se humedecen: la confirmación final de esta sincronización insólita. Lo miro descaradamente, sin dejarle ningún espacio de intimidad, porque no puedo creer que esto esté pasando ni soporto el peso que tiene sobre mí. Senté al señor Weimer y ahora quiero decir algo que resuelva este problema. Bebo el fondo de la limonada y pienso en algún conjuro sonoro y práctico, una consigna que nos beneficie a todos como «cómprele a mi hijo cuantas pelotas le haya desinflado y todo se solucionará», «si llora sin soltar su limonada ella dejará de tirar la ropa», o «deje la ropa sobre los pinos una noche y si amanece despejado es que el problema desaparecerá»; por dios, yo misma podría tirarla a la madrugada mientras me fumo mi último cigarrillo del día. Debería mezclarla con basura para que el hombre del camión no la devuelva, eso mismo hay que hacer con la de mi hijo, urgente esta semana. Decir algo que resuelva este problema, me repito para no perder el hilo. Dije cosas muchas veces y, ya pronunciadas, las palabras ejercieron su efecto. Retuvieron a mi hijo, alejaron a mi marido, se ordenaron divinamente en mi cabeza cada vez que lavé los platos. En mi jardín Weimer bebe el fondo de su vaso y los ojos terminan de llenársele de lágrimas, como si se tratara de algún efecto del limón, y yo pienso que quizá esté muy fuerte para él, que quizá hay un momento en que el efecto ya no depende de las palabras o en el que lo imposible es la pronunciación. «Sí», dijo Weimer hace unos largos segundos, un sí que era un «continúe», un «por favor», y ahora estamos anclados juntos, los dos vasos vacíos sobre el banco de cemento, y sobre el banco nuestros cuerpos. Entonces tengo una visión, un deseo: mi hijo abre la puerta mosquitero y camina hacia nosotros. Tiene los pies descalzos, pisan rápido, jóvenes y fuertes sobre el césped. Está indignado con nosotros, con la casa, con todo lo que sucede siempre en esta casa en un mismo orden. Su cuerpo crece hacia nosotros con una energía poderosa que Weimer y yo esperamos sin miedo, casi con ansias. Su cuerpo enorme que a veces me recuerda al de mi marido y me obliga a cerrar los ojos. Está a solo

unos metros, ahora casi sobre nosotros. Pero no nos toca. Miro otra vez y mi hijo se desvía hacia los pinos enanos. Agarra la ropa furioso, junta todo en un único bollo y regresa en silencio por donde vino, su cuerpo ya lejano y pequeño, a contraluz. «Sí», dice Weimer, y suspira; y no es el primer «Sí» repitiéndose. Es un sí más abierto, casi ensoñador.

### **Συμβαίνει πάντα σε αυτό το σπίτι**

Ο κύριος Βέιμερ χτυπάει την πόρτα του σπιτιού μου. Αναγνωρίζω το χτύπημα της δυνατής του γροθιάς, τα στοχευμένα και επαναλαμβανόμενα χτυπήματα. Αφήνω τα πιάτα στο νεροχύτη και κοιτάω προς τον κήπο: είναι ξανά όλα αυτά τα ρούχα πεταμένα στο χορτάρι. Σκέφτομαι ότι τα πράγματα συμβαίνουν πάντα με την ίδια σειρά, ακόμα και τα πιο αλλόκοτα. Το σκέφτομαι σαν να το έκανα μεγαλοφώνως, με τον προσεγμένο τρόπο που απαιτεί η αναζήτηση της κάθε λέξης. Όταν πλένω τα πιάτα είμαι καλή σε αυτόν τον τρόπο σκέψεων, αρκεί να ανοίξω τη βρύση για να οργανωθούν μέσα μου όλες οι σκόρπιες ιδέες. Είναι ένα τόσο δα διάστημα έμπνευσης, αν κλείσω τη βρύση, για να κρατήσω σημειώσεις, οι λέξεις εξαφανίζονται. Οι γροθιές του κυρίου Βέιμερ ξανακούγονται, αυτή τη φορά τα χτυπήματα είναι πιο δυνατά, παρόλο που αυτός δεν είναι ένας τύπος βίαιος, είναι ένας δύστυχος γείτονας βασανισμένος απ' τη γυναίκα του, κάποιος που δεν ξέρει πολύ καλά πώς να αντέξει την απώλεια, μα δεν παύει να το παλεύει. Κάποιος που, όταν έχασε το γιό του και πέρασα από την αγρυπνία για να τον χαιρετήσω, με αγκάλιασε παγερά και αδιάφορα και περίμενε κάποια λεπτά κουβεντιάζοντας με άλλους καλεσμένους μέχρι να έρθει και να μου πει σχεδόν στο αυτί: «μόλις ανακάλυψα ποια είναι τα παιδιά που αναποδογυρίζουν τους σκουπιδοτενεκέδες». Αυτή η κατηγορία ανθρώπου ήταν. Όταν η γυναίκα του πετάει τα ρούχα του νεκρού γιου του στον κήπο μου, αυτός χτυπάει την πόρτα για να τα μαζέψει. Ο γιος μου, που πρακτικά είναι ο άντρας του σπιτιού, λέει ότι αυτό είναι πολύ τρελό και τσαντίζεται κάθε φορά που οι Βέιμερ αρχίζουν αυτό το βιολί, σχεδόν κάθε δεκαπενθήμερο. Πρέπει να ανοίξω, να βοηθήσω να μαζευτούν τα ρούχα, να δώσω μερικά φιλικά χτυπηματάκια στην πλάτη του κυρίου Βέιμερ, να βεβαιώσω ότι το θέμα έληξε, ότι δεν έγινε και τίποτα και μετά,

πέντε λεπτά περίπου μετά την αναχώρησή του, να ακούσω τις φωνές της. Ο γιος μου πιστεύει ότι αυτή αρχίζει να στριγγλίζει μόλις ανοίγει την πόρτα της ντουλάπας και ξαναβλέπει τα ρούχα του παιδιού της. «Με δουλεύουν;», λέει ο γιος μου μετά από κάθε επεισόδιο, «την επόμενη φορά θα τα κάψω όλα». Τραβάω το σύρτη και μπροστά μου είναι ο κ. Βέιμερ με τη δεξιά του παλάμη κολλημένη στο μέτωπό του, κλείνοντας σχεδόν τα μάτια, περιμένοντας να ανοίξω για να κατεβάσει το χέρι με κούραση και να ζητήσει συγγνώμη: «δεν θέλω να σας αναστατώσω, αλλά...». Ανοίγω και μπαίνει, ήδη ξέρει πώς να πάει στον κήπο. Εχω λεμονάδα φρέσκια στο ψυγείο και την σερβίρω σε δύο ποτήρια καθώς εκείνος απομακρύνεται. Απ' το παράθυρο της κουζίνας τον βλέπω να περιεργάζεται το χορτάρι και να τριγυρίζει στα γεράνια, εκεί που συνήθως πέφτουν τα ρούχα. Βγαίνοντας, αφήνω να χτυπήσει η πόρτα της κουζίνας, γιατί υπάρχει μια μυσταγωγία σε αυτό το μάζεμα των ρούχων και δεν θέλω να διακόψω. Πλησιάζω αργά. Αυτός κρατάει σφιχτά μια μπλούζα στο ένα χέρι. Έχει ένα μπόγο με ρούχα στο άλλο χέρι, φαίνεται αυτά να είναι όλα. «Ποιος κούρεψε τα πεύκα;», ρωτάει. «Ο γιος μου», λέω. «Είναι πολύ ωραία» παρατηρεί κοιτάζοντάς τα. Είναι τρία δέντρα-νάνοι και ο γιος μου τα κλάδεψε σε σχήμα κυλινδρικό, λίγο εξεζητημένο βέβαια αλλά πρωτότυπο, οφείλω να πω. «Πάρτε μια λεμονάδα», λέω. Μαζεύει τα ρούχα στο ένα μόνο χέρι και το δίνω το ποτήρι. Ο ήλιος δεν καίει μιας και είναι ακόμα νωρίς. Κοιτάω λοξά το παγκάκι που έχουμε λίγο πιο κει, είναι τσιμεντένιο και τούτη την ώρα θα είναι ευχάριστο, σχεδόν ότι πρέπει. «Βέιμερ», λέω, γιατί είναι πιο οικείο απ' ότι «κύριε Βέιμερ». Και σκέφτομαι: «πρόσεξέ με, πέτα αυτά τα ρούχα. Είναι το μόνο που θέλει η γυναίκα σου». Αλλά μπορεί και να είναι αυτός που πετάει τα ρούχα και ύστερα το μετανιώνει. Και τότε να είναι η δυστυχημένη γυναίκα του αυτή που του φωνάζει κάθε φορά που τον βλέπει να μπαίνει με αυτά τα ρούχα. Μπορεί και να προσπάθησαν να τα ρίξουν όλα σε μια μεγάλη σακούλα απορριμμάτων και ο σκουπιδιάρης να τους χτύπησε το κουδούνι για να τους τα επιστρέψει, όπως συνέβη με εμάς και τα παλιά ρούχα του γιού μου: «Κυρία, γιατί δεν τα χαρίζετε, εάν τα ανεβάσω στο απορριμματοφόρο θα πάνε χαμένα». Και ακόμα εκεί είναι η σακούλα, στο πλυσταριό. Πρέπει να την πάω οπωσδήποτε αυτή τη βδομάδα, ακόμα δεν ξέρω πού. Ο Βέιμερ περιμένει. Με περιμένει. Ο ήλιος φωτίζει τα αραιά, μακριά και λευκά μαλλιά του, το αχνό ασημένιο γένι του στο σαγόνι, τα ανοιχτόχρωμα αλλά θολά μάτια του, πολύ μικρά για το μέγεθος του προσώπου του. Δεν λέω τίποτα, πιστεύω ότι ο κύριος Βέιμερ μαντεύει αυτό που σκέφτομαι. Κατεβάζει για λίγο το βλέμμα. Πίνει λίγη λεμονάδα και κοιτάζει τώρα προς το σπίτι

του, πίσω από τα λιγούστρα που χωρίζουν τους κήπους μας. Ψάχνω κάτι πρόπον να πω, κάτι που να μαρτυράει ότι κατανοώ την προσπάθεια του και που να προτείνει κάτι σαν λύση, ίσως ασαφή αλλά αισιόδοξη. Ξαναστράφηκε σε μένα. Δείχνει να διαισθάνεται προς τα πού θα πάει η κουβέντα που ακόμα δεν αρχίσαμε, δείχνει διατεθειμένος να καταλάβει. «Όταν κάτι δεν βρίσκει τη θέση του...», λέω, αφήνοντας τα τελευταία γράμματα να πλανώνται στον αέρα. Ο Βέιμερ κουνάει το κεφάλι συγκαταβατικά και περιμένει. Δόξα τω θεώ, σκέφτομαι, συγχρονιστήκαμε. Συγχρονισμένη με αυτόν τον άντρα που δέκα χρόνια πριν επέστρεφε στο γιο μου τις μπάλες σκισμένες, που έκοβε τα λουλούδια από τις αζαλέες μου αν ξεπερνούσαν την φανταστική γραμμή που χώριζε τους κήπους μας. «Όταν κάτι δεν βρίσκει τη θέση του», ξαναλέω κοιτώντας τα ρούχα. «Πείτε μου, σας παρακαλώ», λέει ο Βέιμερ. «Δεν ξέρω, αλλά θα πρέπει να ξεφορτωθώ άλλα πράγματα». Πρέπει να κάνει χώρο, σκέφτομαι, γι' αυτό και εμένα θα με βόλευε πάρα πολύ να πάρει κάποιος τη σακούλα που έχω στο πλυσταριό. «Ναι», λέει ο Βέιμερ, θέλοντας προφανώς να πει «Συνεχίστε». Ακούω την πόρτα της εισόδου, είναι ένας ήχος που του Βέιμερ δεν του λέει τίποτα, αλλά εμένα μου λέει ότι ο γιος μου είναι στο σπίτι, ασφαλής και πεινασμένος. Κάνω μια δρασκελιά προς το παγκάκι και κάθομαι. Σκέφτομαι ότι το ζεστό τσιμέντο του πάγκου θα είναι ευλογία για κείνον και κάνω χώρο για να καθίσει. «Αφήστεταρούχα», τουλέω. Εκείνος δεν δείχνει να προβληματίζεται με αυτό, κοιτάζει τριγύρω ψάχνοντας πού να τα αφήσει και εγώ σκέφτομαι ότι Βέιμερ μπορεί να το κάνει, είναι ξεκάθαρο. «Πού;», ρωτάει. «Αφήστε τα πάνω στους κυλίνδρους», λέω δείχνοντας τα μικρά πεύκα. Ο Βέιμερ υπακούει. Αφήνει τα ρούχα και τινάζει τα χόρτα από τα χέρια του. «Καθίστε». Κάθεται. Τι κάνω εγώ τώρα με αυτόν το γέρο; Έλα όμως που υπάρχει κάτι σε αυτόν που με ωθεί να συνεχίσω. Κάτι που μοιάζει με αυτό που μου συμβαίνει όταν έχω τα χέρια κάτω από το νερό της βρύσης, μια ηρεμία που μου επιτρέπει να σκεφτώ τις λέξεις, να τακτοποιήσω τα γεγονότα, τα πράγματα που συμβαίνουν πάντα με την ίδια σειρά. Οι προσδοκίες του Βέιμερ μοιάζουν να φουντώνουν, θα έλεγε κανείς ότι ανυπομονεί για μια καθοδήγηση. Είναι μια εξουσία και μια ευθύνη που εγώ δεν ξέρω να διαχειριστώ. Τα ανοιχτόχρωμα μάτια του βούρκωσαν: η καθοριστική επιβεβαίωση αυτού του ασυνήθιστου συγχρονισμού. Τον κοιτάζω προκλητικά, χωρίς να του αφήσω κανένα περιθώριο ιδιωτικότητας, γιατί δεν μπορώ να πιστέψω αυτό που συμβαίνει ούτε και αντέχω το βάρος που ασκεί πάνω μου. Του ζήτησα να καθίσει του κυρίου Βέιμερ και τώρα θέλω να πει κάτι που να μου λύσει αυτό το πρόβλημα. Πίνω το υπόλοιπο της λεμονάδας και ψάχνω κάποιο



ξόρκι τρανταχτό και πρακτικό, ένα παρασύνθημα που θα μας βοηθήσει όλους, του τύπου «αγοράστε του γιού μου όλες τις μπάλες που του σκίσατε και όλα θα λυθούν», «αν κλαίτε χωρίς να χύσετε τη λεμονάδα σας, αυτή θα πάψει να πετάει τα ρούχα», η «αφήστε τα ρούχα πάνω στα πεύκα για μια νύχτα και αν ξημερωθείτε ξαλαφρωμένος τότε θα πει ότι το πρόβλημα λύθηκε»· θεέ μου, θα μπορούσα εγώ να τα πετάξω αργά τη νύχτα ενώ θα καπνίζω το τελευταίο τσιγάρο της μέρας. Θα έπρεπε να τα ανακατέψω με σκουπίδια έτσι ώστε ο σκουπιδιάρης να μην τα φέρει πίσω, αυτό το ίδιο πρέπει να κάνω και με του γιου μου, επειγόντως αυτή τη βδομάδα. Να πω κάτι για λυθεί το θέμα, επαναλαμβάνω μέσα μου για να μη χάσω τον ειρμό. Έχω πει πράγματα πολλές φορές και μόλις τα είπα, οι λέξεις βρήκαν το στόχο τους. Συγκράτησαν το γιό μου, απομάκρυναν τον άντρα μου, οργανώθηκαν σοφά στο κεφάλι μου κάθε φορά που έπλενα τα πιάτα. Στον κήπο μου ο Βέιμερ πίνει το υπόλοιπο της λεμονάδας του και τα μάτια του πια είναι γεμάτα δάκρυα, σα να πρόκειται για κάποια δράση του λεμονιού, ενώ εγώ σκέφτομαι μήπως είναι πολύ ξινό για αυτόν. Ίσως πάλι είναι μια στιγμή που το πράμα δεν εξαρτάται πια από τις λέξεις η που το δύσκολο είναι η εκφορά τους. «Ναι», είπε ο κύριος Βέιμερ πριν από κάποια δευτερόλεπτα, ένα ναι που ήταν ένα «συνεχίστε», ένα «παρακαλώ» και τώρα να 'μαστε αραγμένοι δίπλα δίπλα, με δύο άδεια ποτήρια πάνω στο τσιμεντένιο παγκάκι και πάνω στο παγκάκι εμείς. Αυτή τη στιγμή λοιπόν, έχω μια φαντασίωση, μια επιθυμία: ο γιος μου ανοίγει την πόρτα της κουζίνας και βαδίζει προς εμάς. Είναι ξυπόλητος και τα πόδια του, νεανικά και δυνατά διασχίζουν βιαστικά το γκαζόν. Είναι μπουχτισμένος μαζί μας, με το σπίτι, με όλα όσα συμβαίνουν σε αυτό το σπίτι πάντα με τον ίδιο τρόπο. Το σώμα του θεριεύει προς το μέρος μας με μια ένταση τόσο ξέχειλη που ο Βέιμερ και εγώ δεν νιώθουμε φόβο, αλλά μάλλον ανυπομονησία. Το σώμα του τεράστιο, τόσο που μερικές φορές μου θυμίζει τον άντρα μου, με αναγκάζει να κλείσω τα μάτια. Απέχει μόνο μερικά μέτρα, είναι σχεδόν πάνω μας. Αλλά δεν μας αγγίζει. Κοιτάζω πάλι και ο γιος μου στριβεί προς τα πεύκα-νάνους. Αρπάζει φουριόζος τα ρούχα, τα κάνει όλα ένα μπόγο και φεύγει χωρίς λέξη προς το σπίτι, με το κορμί του απομακρυσμένο πια και μικροσκοπικό κόντρα στον ήλιο. «Ναι», λέει ο κύριος Βέιμερ και αναστενάζει και δεν είναι το αρχικό «Ναι» σε επανάληψη. Είναι ένα ναι ξεκάθαρο, μάλλον ονειροπόλο.

